

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

UNA BRAVA PELEA Y UNA FUGA FAMOSA DEL GENERAL FIERRO

CÓMO SE HIZO LA HISTÓRICA EVACUACIÓN DE QUERÉTARO

González Garza y sus tropas tuvieron que retirarse en desorden ante el empuje de los carrancistas, quienes persiguieron a los fugitivos, derrotándolos nuevamente en las cercanías de Jerécuaro, después de rudos combates

EN LO MÁS INTENSO DE LA BATALLA, NO PUDO EVITAR QUE CORRIERAN LOS SUYOS
"¡Párense, tales por cuales! ¡Viva la División del Norte!", gritaba Fierro,
tratando de contener a sus soldados, mas cuando no pudo, también él tuvo
que huir, invitando a González Garza con estas palabras:
"¡Píquele mi general, que ahí vienen esos jijos...!"

LA MARCHA AL NORTE, FATIGOSA Y A SALTO DE MATA
El hambre acosaba a todos por igual y hacía más penosa
y desesperada la marcha; así, cuando llegaban a algún
lugar donde comían, lo consideraban la gloria aquellos
que se consideraron invencibles con Villa y que ahora
marchaban en derrota y casi a la desbandada

El convencionismo

CAPÍTULO III

La conferencia en Tula entre los generales Roque González Garza, Canuto Reyes y Rodolfo Fierro se prolongó por varias horas.

El general Fierro era un tipo alto, robusto, con una cara redonda, de tez morena y tersa, que le daba el aspecto de un niño grande. Tenía ojos impresionantes de color claro; de mirada eléctrica, parecía que en el fondo de su corazón reía siempre.

Cuando terminó la larga conferencia, el general Fierro se dirigió a los ayudantes de González Garza, preguntando a quién le gustaba jugar ajedrez, proponiendo una partida, la que fue aceptada por el coronel Lajous.

—*¿Usted juega, coronel?* —preguntó afable Fierro a Lajous.

—*Sí, mi general, estoy a sus órdenes* —contestó el coronel.

—*Pues vengase, que nos vamos a dar un agarrón...* —agregó Fierro.

Y los contendientes estuvieron pronto frente a frente. Fierro movía sus piezas rápidamente, haciendo grandes estragos a su rival. Desde el primer movimiento se había trazado seguramente su propósito; iba a un fin, casi seguro de ganar. Lajous, en cambio, obraba cautelosamente; inclinado sobre el tablero, parecía querer adivinar el juego del general.

Y mientras que Lajous pensaba sus tiradas, Fierro lo observaba atentamente, sonriendo siempre. Varias veces, cuando el coronel cayó en las celdas del general, éste rió alegremente. Era tal su entusiasmo que movía sus piezas con mayor decisión.

Pero la partida que había empezado favorable a Fierro gracias a la tenaz ofensiva que había emprendido, cambió de aspecto. El general había hecho tal movilización que en un momento no tuvo refuerzos para defender sus mejores piezas y Lajous, tomando la contraofensiva, le hacía grandes estragos.

El general sintió la derrota e hizo un esfuerzo supremo por vencer; pero ni sintiendo la pérdida dejó de hacer las movilizaciones audaces que dejaban al descubierto sus piezas de mayor valor defensivo.

En un momento, las piezas blancas de Lajous tenían sitiadas a las negras. El general Fierro movía la cabeza y silbaba de vez en cuando.

—*iMate al rey!* —exclamó.

Fierro examinó el tablero; estaba, realmente, perdido. Lanzó una fuerte carcajada; se puso en pie, y extendiendo la mano, dijo a su victorioso rival:

—*iCoronel, me ha ganado! iEsos son los hombres!*

José C. Valadés

Y volvió a reír alegremente como un buen muchacho; se apretó el cinto que se había aflojado al principiar la partida; no quiso seguir jugando, tomó del brazo al coronel, y comentó con toda satisfacción:

—Coronel, me ha ganado usted de veras... Mire que yo creía que no me la ganaría...

AVANCE AL SUR

Después de la partida de ajedrez, el general Fierro, Reyes y otros altos jefes de la columna expedicionaria, volvieron a conferenciar con el ex presidente de la República, resolviendo emprender la marcha de la columna expedicionaria hacia el centro de la República, teniendo como objetivo la ciudad de Querétaro, donde se formularía un plan para atacar la retaguardia del ejército carrancista a las órdenes del general Álvaro Obregón.

La columna salió de Tula en las primeras horas del 18 de julio. Las infanterías, impedimenta y servicios sanitarios hicieron el viaje en trenes, mientras que las caballerías y los jefes, avanzaron por tierra. La primera jornada fue hasta Nopala, Hidalgo, a donde la columna llegó a la cinco de la tarde del mismo día.

Al siguiente día (19) se continuó la marcha; marcha cansada, agobiadora, llegando al oscurecer a San Juan del Río, Querétaro, donde hubo magníficos alojamientos y abundantes alimentos. Tres días permanecieron las fuerzas convencionistas en San Juan del Río, y el 22 en la tarde, después de una rápida marcha, entraron a Querétaro, a excepción de las brigadas Artalejo y Ruiz, que quedaron apostadas en la hacienda de Cazadero.

González Garza y sus ayudantes fueron alojados por el gobernador en el Palacio de Gobierno, hermosa casona colonial.

OPTIMISMO

En Querétaro, el general González Garza recibió los primeros informes de la Ciudad de México, que se encontraba nuevamente en poder de los zapatistas. Los informes recibidos decían que tan luego como el general Pablo González, jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, había tenido conocimiento de la toma

El convencionismo

de Tula por las fuerzas de Reyes y Fierro –y poco después de la toma de Pachuca por los generales Roberto M. Martínez y Andrés Pérez–, había resuelto evacuar la capital, que había ocupado el 11 de julio.

Además, los informes del Bajío, donde se encontraba el Gral. Obregón, eran también magníficos. El general Obregón, como consecuencia del movimiento de la columna expedicionaria, se había visto cortado de Veracruz, su fuente de aprovisionamientos, teniendo a la retaguardia un respetable núcleo, compuesto por las fuerzas más fogueadas de la División del Norte.

Los informes estuvieron a punto, por momentos, de resolver al ex presidente de suspender su avance hacia la región del Bajío.

Varios jefes opinaban que era necesario volver hacia la capital de la República, lanzar a los seis mil soldados de la columna expedicionaria sobre las fuerzas del general González, que se habían concentrado en Ometusco, derrotarlas y seguir el avance hacia el estado de Veracruz, y poner sitio al puerto jarocho donde Venustiano Carranza tenía establecida su capital.

El general Cerisola, su hijo el doctor Alejandro Cerisola, el ex encargado de la Secretaría de Gobernación Alfredo Guichenne, el licenciado Genaro Palacios Moreno y el coronel J. Lajous, eran los que con más tesón pedían al general en jefe el cambio de planes y el regreso a México, explicando que jamás se había presentado una oportunidad más brillante para llegar hasta las puertas de Veracruz y, quizás, hacer capitular a Carranza.

OPINIONES EN CONTRA

Pero González Garza insistía en la necesidad de llegar al Norte, de unirse al general Villa y de cooperar en la reorganización de la División del Norte. Además, no confiaba en las operaciones sobre el general González, pues había perdido la esperanza de contar con la cooperación de los zapatistas.

Fierro y Reyes influían también en el ánimo del ex presidente para continuar hacia el norte, indicándole que las órdenes que habían recibido del general Villa eran muy precisas, ya que su tarea había de consistir en hostilizar cuanto fuera posible la retaguardia de las fuerzas de Obregón, y luego reincorporarse a la División.

Además, Fierro tenía otro motivo para no aceptar la idea de volver sobre la Ciudad de México. El hecho de que los “catrines”, como se llamaba a los

José C. Valadés

amigos de González Garza, fueran los que propusieran este plan, era suficiente para desecharlo.

—*Los “catrines” —decía Fierro— son buenos amigos; pero lo único que saben es de “encatrinarse”. ¡Qué van a saber de cosas de la guerra!*

El 27 en la mañana, el general Roque González Garza dio a conocer su resolución de continuar hacia el norte.

LA MUERTE DEL GENERAL CAMACHO

El acuerdo fue tomado cerca del mediodía y, minutos después, el general Rodolfo Fierro estuvo a punto de perder la vida a manos del general Camacho.

Fierro encontró a Camacho en estado de ebriedad en la Casa de Armas haciendo gran escándalo y, dirigiéndose a él, pretendió hacerle una enérgica reprehensión. El general Camacho no dejó que Fierro terminara de hablar. Desenfundó rápidamente su pistola e iba a disparar sobre Fierro cuando éste, que montaba a caballo, se adelantó, vaciándole su revólver.

Camacho cayó al suelo, pero haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie y logró hacer cinco disparos sobre Fierro, hasta caer nuevamente, moribundo. El general Fierro vio caer a Camacho para no levantarse más y tranquilamente se alejó de la plaza.

LA EVACUACIÓN DE QUERÉTARO

Esa misma tarde y conforme a los planes del ex presidente de la República, dos brigadas salieron de Querétaro con rumbo a Celaya.

La orden de marcha había sido dada por el general en jefe, cuando el general Canuto Reyes le aseguró que tenía informes verídicos de que Celaya había sido evacuada por las tropas carrancistas.

—*Y si aistán los carrancistas, mi general* —había dicho Reyes, dirigiéndose a González Garza—, *nomás les doy un entrón con mis muchachos de la escolta a esos hijos de tal y no queda ni uno...*

Sin embargo, cerca de las ocho de la noche, el general González Garza recibió informes de que la vanguardia convencionista había tenido un encuentro con los constitucionalistas que avanzaban hacia Querétaro.

El convencionismo

Como resultado de los informes obtenidos, el general en jefe dispuso que en la madrugada del 28, el grueso de la columna saliera de Querétaro para detener el avance de los carrancistas.

González Garza había establecido su cuartel general en el Cerro de las Campanas y dictaba sus órdenes, cuando empezó un tiroteo en las lomas de Mariscala, que se generalizó rápidamente.

Los convencionistas no habían resistido el empuje de los carrancistas y abandonaron sus posiciones en Mariscala replegándose, en desorden, hacia Querétaro.

González Garza y el general Moya hacían esfuerzos desesperados por detener a la gente, quedando pronto a la retaguardia y casi en manos del enemigo, que había avanzado con tal rapidez que pronto estuvo en las faldas del Cerro de las Campanas. Sin desesperar, y dando muestras de un gran valor, el ex presidente se retiró poco a poco haciendo resistencia con los oficiales de su Estado Mayor.

Los carrancistas siguieron a los convencionistas hasta las puertas de Querétaro, en cuya Plaza de Armas el general González Garza reorganizó algunos contingentes, disponiendo la retirada hacia el Cerro del Cimatario. Poco a poco se fueron reuniendo los grupos dispersos, mientras que desde las faldas del Cimatario podía verse cómo el enemigo entraba a la plaza abandonada.

UNA ACTIVA PERSECUCIÓN DE LOS CARRANCISTAS

Llegó la noche, y la ascensión al cerro continuó. Caía una lluvia finísima; el suelo, cubierto de lajas, espinos y chaparros, hacía difícil la marcha. Corría un viento helado y, ya muy cerca del nuevo día, los convencionistas hicieron alto. Al amanecer, el general en jefe hizo observaciones, despachó a sus ayudantes a explorar y, no sin alegría, supo que los dispersos se habían estado reuniendo durante la noche en una hacienda en la falda del Cimatario. Fierro y Reyes estaban ahí, esperando órdenes.

Como los carrancistas avanzaban hacia el Cimatario, se dispuso la marcha cerca del mediodía del 29, caminando despacio hasta las cinco de la tarde cuando se hizo alto en la hacienda del Fresno, donde se había resuelto pasar la noche. A la una de la mañana del 30, se tocó botasilla. Sin embargo, pasaron varias horas antes de que la columna se pusiera en marcha.

José C. Valadés

Dos mil carrancistas a caballo venían pisando los talones a los convencionistas. A la salida de la hacienda fue fusilado un telegrafista por orden de Canuto Reyes, después de que hubo confesado que por la noche había dado aviso a los carrancistas a Querétaro de que ahí se encontraban los villistas.

La columna se dirigió hacia Jerécuaro, a donde entró como a la diez de la mañana; pero no habían pasado dos horas, cuando el general en jefe ordenó una nueva marcha. Los carrancistas habían entrado a la hacienda del Fresno y seguían sobre Jerécuaro.

González Garza celebró una junta con los generales de sus fuerzas, resolviendo que el grueso de la columna expedicionaria a las órdenes del general Canuto Reyes marchara a toda prisa con rumbo al noroeste llevando como objetivo Salvatierra o Acámbaro, mientras que las brigadas Artalejo y Ruiz así como la escolta de González Garza a las órdenes directas de éste y del general Fierro, detendrían el avance del enemigo hasta donde fuera posible, reuniéndose más tarde con las fuerzas a las órdenes de Reyes.

El general Reyes se dispuso a la marcha, mientras que González Garza y Fierro se dirigieron, seguidos de los soldados que quedaban a sus órdenes, a un lomerío en las afueras de Jerécuaro.

El ex presidente dio los dispositivos de combate: los generales Ruiz y Fierro cubrían el centro y el ala derecha, mientras González Garza vigilaba la extrema izquierda para evitar un flanqueo. La brigada Artalejo encadenó sus caballos y se parapetó pecho a tierra, tras una trinchera de piedra hecha violentamente por los soldados.

DISPOSITIVOS DE COMBATE

Mientras que el grueso de la columna convencionista a las órdenes del general Canuto Reyes se alejaba rápidamente de Jerécuaro en las primeras horas del 30 de julio de 1915, las fuerzas a las órdenes del general Roque González Garza, quien tenía como lugartenientes a los generales Fierros y Ruiz, tomaban dispositivos de combate en el lomerío en las afueras de la población, dispuestas a detener el avance de las tropas carrancistas.

Cerca de las diez de la mañana, fueron avistadas las avanzadas constitucionalistas; luego las caballerías enemigas que se iban reconcentrando en los alrededores de la plaza abandonada; por fin, el resto de la columna enemiga.

El convencionismo

El jefe de los carrancistas estuvo observando y minutos después dio las órdenes para el combate. Comprendiendo que un ataque sobre el centro de los convencionistas era peligroso, ya que había que avanzar sobre un sembradío al descubierto, el jefe carrancista optó por atacar la derecha convencionista, que estaba a las órdenes del general Ruiz.

Un interminable desfile de la caballería carrancista sobre las lomas de la derecha hizo ver a González Garza que el enemigo tenía una gran superioridad numérica. Los carrancistas llegaron a ponerse a tiro de fusil, y mientras que por el centro avanzaban pocos hombres, tan sólo para distraer la atención, la caballería se lanzó furiosamente sobre los convencionistas de Ruiz.

Los ataques de las caballerías constitucionalistas eran furiosos; pero se estrellaban ante la actitud resuelta de las tropas de Ruiz que, pecho a tierra y tras de posiciones improvisadas, hacían un fuego mortífero.

Una hora hacía que había comenzado el combate y el enemigo no había logrado progreso alguno.

CAMBIO DE TÁCTICA

González Garza, que desde una loma observaba atentamente el desarrollo del encuentro, expresó a varios de sus ayudantes la creencia de que el jefe carrancista ante el fracaso de sus ataques sobre la derecha, llevaría a cabo un movimiento envolvente sobre la izquierda, aunque la empresa era bien difícil, ya que se interponía un cerro cuya ascensión presentaba no solamente grandes dificultades, sino también numerosos peligros.

No se equivocó el general en jefe. Minutos después pudo ver cómo la cima del cerro se coronaba de jinetes que a poco empezaron a descolgarse formando un largo e interminable cordón.

Las fuerzas que a las órdenes directas de González Garza defendían el ala izquierda no eran más de cien hombres, por lo cual el general en jefe envió un correo al general Fierro, urgiéndole para que le mandara inmediatamente refuerzos. Al correo, no solamente contestó Fierro enviando gente, sino que se presentó personalmente. En esos momentos empezaba el tiroteo.

González Garza indicó al general Fierro la conveniencia de batirse en retirada, ya que consideraba que el grueso de la columna convencionista se había alejado lo suficiente para evitar un ataque del enemigo.

José C. Valadés

Pero Fierro opinó que había necesidad de resistir.

—*Mi general, mis muchachos están ganosos y ya ve usted que están dándose muy bonito* —contestó Fierro, y sin esperar órdenes, hundió sus espuelas en los ijares de su caballo y partió al galope, seguido de varios oficiales para organizar un grupo de jinetes y lanzarse a una primera carga.

TERRIBLE LUCHA EN EL ALA IZQUIERDA

Y mientras que Fierro se alejaba para lanzarse sobre el centro del enemigo, en el cual también se había iniciado un avance, la lucha en el ala izquierda era terrible. El general González Garza y sus oficiales, confundidos con la tropa, se defendían vigorosamente tras de las improvisadas trincheras. El enemigo estaba parapetado a unos trescientos metros de distancia y a veces se lanzaba al asalto pero siempre era no solamente resistido, sino rechazado con considerables pérdidas.

La batalla se había generalizado en toda la línea. Las caballerías tenían constantes y terribles choques. Tras de las trincheras se peleaba con ardor. Cerca de seis horas hacía que aquellos cuantos cientos de convencionistas resistían las embestidas de varios miles de carrancistas. Poco antes de las cuatro de la tarde, el general en jefe recorrió la línea, animando a sus soldados y exponiendo su vida a cada instante.

El ala izquierda permanecía en sus puestos; pero en el centro los generales Fierro y Ruiz empezaban a retirarse. Viéndose cercado, el general en jefe dispuso la retirada en toda la línea.

Abandonada la línea, los convencionistas montaron en sus caballos y al galope se retiraron, perseguidos muy de cerca por el enemigo.

—*Vámonos duro, mi general, que ahí vienen esos hijos de tales* —gritó Fierro a González Garza, alcanzándolo.

NO RETIRADA, FUGA

La retirada en orden, se transformó bien pronto en fuga. Al llegar los convencionistas a un arroyo, el camino quedaba convertido en una vereda entre dos taludes. Había que pasar un puente angosto y fue necesario acortar el paso.

El convencionismo

Los carrancistas estaban a unos cuantos metros de distancia y bien pronto se lanzaron sobre las huestes villistas. Pero el puente fue, al fin, pasado por la pequeña columna.

Sin embargo, una nueva situación difícil surgió en el momento. Los convencionistas tenían que pasar por una llanura en la que serían blanco inevitable del enemigo. Fierro, que había pasado de los primeros, comprendió el peligro y, descubriendo un bordo que podía servir de defensa y tras el cual se podía combatir hasta que llegara la noche, pudiendo así emprender la retirada con más ventajas, trató de detener a la gente que, viendo el peligro tan cerca, se había puesto en fuga, presa del pánico.

—*¡Párense tales por cuales!* —gritaba Fierro, desesperado, agregando: —*¡No tengan miedo, muchachos! ¡Viva la División del Norte!*

Pero todo era inútil. Desesperado, Fierro volvió a gritar:

—*¡Los que sean hombres que me sigan!*

Fue ésta la exclamación mágica. Los jefes y oficiales fueron los primeros en dar el ejemplo. Ya González Garza había echado pie a tierra y parapetándose juntamente con varios de sus ayudantes, tras el bordo, tendió su carabina y empezó a disparar sobre los carrancistas que les pisaban los talones.

El general Fierro se tendió al lado del general en jefe. No eran más de cien los hombres dispuestos a detener el avance de los jinetes carrancistas que al galope se lanzaron sobre la trinchera.

—*¡Nadie dispare, hasta que yo ordene!* —gritó Fierro, quien en aquel momento se había declarado jefe.

La caballería enemiga avanzaba arrolladora, pero antes de que Fierro diera la orden de fuego, alguien disparó un tiro. Fue la señal. Siguió una descarga, luego otra. Numerosos jinetes rodaron por el suelo.

La carga había sido inútil. Los carrancistas volvieron grupas. Pero pronto se reorganizaron y se dirigieron hacia la derecha, pretendiendo envolver a los convencionistas.

Alguien de los villistas gritó:

—*¡Al cerro! ¡Vámonos!*

Los cien hombres de un salto abandonaron la trinchera y montando a caballo partieron al galope hacia una loma.

La llanura fue atravesada felizmente y un pequeño bosque ofreció un refugio seguro.

José C. Valadés

UN BREVE DESCANSO

Había oscurecido. Los carrancistas parecieron desistir de su empeño en perseguir a los villistas y González Garza ordenó la marcha. Cubiertos de lodo, fatigados en extremo y hambrientos, llegaron hasta un lugar llamado Piloncillo. Ahí se encontraba el grueso de la columna a las órdenes de Reyes.

En una calle larga, estrecha, paralela a una cerca de piedra, tras de la cual se veían algunos jacales, el general Reyes había tendido a su gente. Los soldados, tirados en el suelo junto a sus caballos, sus mujeres y sus hijos, rendidos de fatiga, llenaban la calle.

González Garza, seguido de sus ayudantes, difícilmente se pudo abrir paso entre los soldados en busca de Reyes. Toda aquella reunión de hombres y de bestias olía mal: a sudor, a boñiga, a podredumbre. En la oscuridad no se veía nada; todo era un amontonamiento y solamente se escuchaban las maldiciones de los soldados que trataban de buscar mejor acomodo.

El general en jefe encontró, por fin, a Reyes, poniéndolo al corriente de la jornada del día, y luego se dirigió en busca de un lugar para descansar. Lo encontró entre un grupo de soldados y, junto a ellos, se tiró al suelo.

Nadie dormía; la hora de la marcha podía ser de un momento a otro, ya que se suponía que el enemigo continuaba tras de la columna villista. Cerca de la medianoche se escuchó el clarín de órdenes: ¡botasilla! Luego gritos que eran repetidos de punta a punta de la calle:

—*¡Esos de la brigada Artalejo!... ¡Esos de Banderas!... ¡Esos de Ruiz!...*

Los soldados se fueron poniendo en pies poco a poco; algunas mujeres gemían pidiendo más descanso; los niños lloraban amargamente; pero las blasfemias y las amenazas terribles de los oficiales de Reyes, quien seguiría al mando de la vanguardia, lo acallaban todo.

Pronto empezó el desfile, era un desfile lúgubre, silencioso; nadie sabía donde se marchaba; sólo sabían que era necesario marchar porque el enemigo seguía las huellas de la columna villista.

CIUDAD ENEMIGA

A la una de la mañana, el improvisado campamento había sido abandonado por el último soldado. La columna se movía lentamente, primero entre

El convencionismo

los sembrados; luego por una cañada olorosa a madreselva; después por un pantano donde los caballos se hundían hasta la panza, chapoteando el agua y resbalando con frecuencia; más adelante fue cruzada la vía férrea y ante la vista de los convencionistas aparecieron las luces de una ciudad.

Era Salvatierra. Pero Salvatierra se encontraba en poder de los carrancistas y había que pasar por sus goteras sin hacer el menor ruido.

El grueso de la columna pasó sin novedad. A la retaguardia y vigilando las puertas de Salvatierra por donde podía surgir el enemigo, quedaron el general en jefe, sus oficiales y un grupo de soldados. Empezaba a amanecer. González Garza continuó la marcha, dejando atrás y hacia la izquierda poco a poco a la ciudad enemiga.

La columna pasó la hacienda de San José del Carmen, donde se esperaba hacer un alto para descansar, pero fue necesario seguir; los carrancistas venían pisándoles los talones.

Como a las seis de la mañana del 31 de julio la retaguardia de la columna villista hizo alto en una hacienda, donde se encontró alimento. El general en jefe se detuvo sólo unos cuantos minutos para seguir al galope hacia la vanguardia con el fin de hacer un nuevo plan con los generales Reyes y Fierro. Sus oficiales quedaron encargados de proteger el servicio médico y la impedimenta. Pero ni los oficiales pudieron permanecer más de una hora, porque, escuchando tiros a la retaguardia, comprendieron que el enemigo les alcanzaba.

La columna caminó hasta las dos de la tarde, cuando se ordenó un alto en el pueblo de La Zanja. En La Zanja se encontraron provisiones de boca, lo que animó grandemente a la gente, máxime que en la tarde se anunció que allí mismo se pernoctaría. Era un descanso necesario para toda la columna.

González Garza estableció su cuartel general en la escuela del pueblo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 8 de enero de 1933, año xx, núm. 331, pp. 1-2.